del siglo XVIII, siglo por escelencia de las mugeres bonitas y de talento. El incurable en cuestion, descendiente de un padre de imaginacion demasiado viva para un agricultor, habiendo terminado sus brillantes estudios en el colegio de Bergerac, entró en calidad de preceptor á un castillo; cometió allí la falta de enamorarse de una hija de la casa. Esta novela, à manera de la de Heloisa, tuvo por desenlace la fuga del Abelardo, que buscó un refugio en Paris. Las seducciones de la gran ciudad lo cautivaron á poco tiempo; á las aventuras del amor succedieron las del juego. Mil y quinientos francos confiados á su honor, se quedaron sobre la carpeta de treinta y cuarenta. Tan reiterados golpes turbaron su inteligencia; errò de ciudad en ciudad cambiando de nombre, dando lecciones bien ó mal y procurando hacer creer, por toda clase de medios ruines, que estaba en relacion de amistad con todos los novelistas y los poetas. Algunos artículos suyos insertos en los periódicos no dejaron duda ninguna. Su gran talento, decia él, le acarreaba enemigos y envidiosos. En la noche veía, colocado tras de las cortinas de su cama, pasearse por bajo de su balcon à individuos de siniestro semblante que espiaban el momento de degollarlo. Para curarlo de estas ideas y preservarlo de otras, se le condujo á Bicêtre. Como sucede frecuentemente, la demencia empeoró; el enfermo está hoy alucinado de todos los sentidos. Escuchadle; él os dirá con toda la sangre fria de un filósofo, que percibe por la vista, el oido, el tacto y el olfato, las diversas impresiones que su imaginacion formaba. Las ideas arrebatadas en el aire y combinadas con el ácido carbónico, se convierten en efigies que caen sobre èl bajo formas espantosas. Una energía secreta lucha contra su persona y lo llena de un gas y de vapores acres que muy pronto obrarán contra la casa misma si no se le pone en libertad. Como todos los alucinados, lleva el disimulo al estremo y basta que se le pregunte sobre sus pensamientos perceptivos, para que eluda la conversacion tratando de darle diverso giro. Pero dejadle á sí mismo y no tardarà en reanudar el hilo de sus doctrinas, concerniente á la combinacion de las ideas con el ácido carbónico y á la formacion de las efigies. Ultimamente parece que, cesando las efigies de danzar en el aire, habian elegido domicilio sobre la cara de sus compañeros, porque él, tan asíduo por hàbito al culto de las letras, pasaba sus dias en hacer provisiones de piedrecitas para arrojarlas á la cara de sus compañeros. Las costumbres mas silenciosas de la seccion de las incurables, lo han vuelto à sus trabajos literarios; y para él, como para tantos otros, la medicina ha debido renunciar al intento de corregir las faltas de la naturaleza.

Cuando se ha pasado la triste revista de los maniáticos, de los monomaniáticos y de los enagenados, tres especies principales del género; cuando se ha entrado al departamento de los *rematados* y echádose una ojeada sobre los idiotas, deformes criaturas que no poseen ni el sentido del hombre, ni el instinto del bruto, solo queda por ver á los *furiosos*, que es lo que se llama en Bicêtre el *hoyo de los leones*.

Relegados en un ángulo de aquellas construcciones inmensas, tienen por asilo esos desgraciados un cuerpo de habitacion levantado sobre un tajo del terreno. Se sube á él como á una fortaleza. Las celdillas reciben el aire y la luz por dos partes; por las ventanas que dan á un patio, y por las claraboyas abiertas á lo largo de un corredor que conduce al tránsito en que se pasean, y en el que han formado un montecillo de tierra, desde cuya cumbre se descubre el panorama de Paris. Cuando visité aquel lugar, solo habia un furioso encerrado, sin cadena ni camisola, el cual se paseaba á lo largo y á lo ancho en el espacio que mediaba entre la cama y la pared, y se distraía en quitar y poner la colcha de la cama.

—Debeis estar contento, le dijeron, porque hace hoy un sol magnífico!

—Hermoso está, respondió el cautivo con una sonrisa sombría, y yo estoy encerrado.... ¿Pero por qué me lo preguntais?.... Si sois médico, curadme; y si no lo sois, seguid vuestro camino.

El razonamiento del loco no carecia de lógica.

Los mas famosos leones del hoyo son un dependiente viagero que disparó á quema ropa sobre las personas que iban frente á él en una diligencia, creyendo que lo asaltaban ladrones, y un jornalero de la calle de la Pescadería que descuartizó á su muger y ponia sus intestinos á la parrilla cuando fueron á interrumpirle su cocina de caníbal. Este asesino, que tiene aspecto muy afable, repite sin cesar que adoraba à su difunta esposa y que él recibió muchas heridas queriendo defenderla contra los bandidos que la dieron muerte. Ya otra vez habia sido llevado á Bicêtre por sevicia que denotaban un grande desarreglo del cerebro; poco á poco se calmaron sus ideas y se le creyó curado pero apénas salió, cuando el mal recobró su fuerza. Su desgraciada muger, la víspera de morir, dió parte al comisario de policía de que se manifestaba una nueva ecsaltacion en las miradas de su marido. Demasiado bien lo habia adivinado; algunas horas despues era ella misma víctima de esa ecsaltacion! Nueva prueba de que en su mayor parte los casos de enagenacion mental son iucurables. Sabida es la anécdota de aquella muger que se habia grangeado la confianza de su médico, al estremo de que ya iba á hacerla salir del establecimiento.

—Tanto mejor, contestó ella, podràn pasearse las gentes esta noche en las calles; habrà claridad porque yo, que soy la luna, andaré en ellas.

Monseñor de Beaumont, arzobispo de Paris, habia recibido de un loco

diversas cartas que daban testimonio de entera serenidad de espíritu. No se trata aquí de la carta de Juan Jacobo á Cristóbal. El prelado se va á Bicêtre, habla con su corresponsal, y convencido de que ese hombre está allí por error, insiste en que se le dé libertad. Pues bien, cuando el piadoso arzobispo desplegaba su apostólica facundia, el demente le aplica un vigoroso golpe en la nuca y se aleja profiriendo estas palabras:

—Adios, me espera el Padre Eterno.

Los holandeses y los belgas, teniendo presente la memoria de Erasmo, quien compuso el *Elogio de la Locura*, ecsaminaban con el mayor cuidado la enagenacion mental. La casa especial de Gand merece ser citada. La Bélgica es la única que ha intentado hasta hoy establecer una colonia de locos que van y vienen al aire libre y se dedican à trabajos de labranza en el distrito de Gheel. Uno de ellos ha asesinado últimamente al burgomaestre, y así era de esperarse. Algunos espiritualistas de Alemania, ménos superticiosos que los Turcos, que reverencian la demencia y mas amigos de los esperimentos que los Flamencos, considerando á la locura como una enfermedad del alma la tratan á palos. La Italia preconiza otras doctrinas: sus establecimientos principales San Cervola, isla solitaria en medio de las lagunas de Venecia, y el hospital de la pequeña ciudad de Aversa, en el reino de Nàpoles. Hace algunos años, un sacerdote ilustrado y rico concibió el proyecto de acomodar á ese objeto las dos ó tres-

cientas celdas de un convento de Domínicos. El gobierno le prestó su apoyo y así es como la casa de Aversa ha venido á ser casi un museo. En ese país canicular, encuentra uno con frecuencia à los lazzaroni dementes vagando por las ciudades ó en los caminos reales. Los médicos, privados de nociones concernientes al orígen del mal, han recurrido à un medio ingenioso. La casa de Aversa encierra gran cantidad de grupos de cera, que reproducen las principales escenas susceptibles de engendrar la locura: asesinato, incendio, violacion. Se pasea el enfermo á lo largo de aquella galerìa de Curtius, parándolo delante de cada pieza: al primer movimiento que hace, al primer grito que lanza, se concluye que ha encontrado el principio de su enfermedad y se le trata segun él. Los teóricos de San Cervola que no se paran en llamar por sus nombres á las cosas, y que ponen à sus enfermos en varias categorías bajo rótulos que ellos mismos pueden comprender en sus momentos lúcidos: *locos incurables, locos ecsaltados, pazzi incurabili, pazzi cattivi,* estos teóricos son mas afortunados que los de Bicêtre, de Charenton, de la Salitreria? Es de ponerse en duda: en esta materia, lo mismo que en el juego, se proclama muy alto lo que se gana; pero no se hace ostentacion de lo que se pierde.

La Salitreria fué levantada en 1656, no lejos de Bicêtre, en cierto modo bajo su sombra y sobre un terreno en que ántes se fabricaba salitre. Liberal Brusant, el mismo que echó los cimientos de los Invàlidos, fuè el arquitecto. La cúpula octágona de la iglesia es su obra maestra. La Salitreria sirvió al principio de asilo á los pobres; despues solo se admitió á las mugeres. Habia departamentos separados para las locas y para las mugeres perdidas. Durante la revolucion, no la perdonaron los septembrisadores.

Los horrores de Bicêtre y de la Abadia se renovaron allí casi con las mismas circunstancias. La hez de la poblacion de Paris que Robespierre llevaba en pos de sí y à la que embriagaba con sangre, hombres armados de picas, de sables, de hachas, obedeciendo con ciego furor las órdenes de su gefe, ó por mejor decir, del verdugo que representaba á la junta de salud pública, invadieron los patios de aquella triste morada. Una vez allí, locas ó reclusas pasaban al tribunal del feroz Radamanto, que juzgaba solo y sin apelacion.

—Tu nombre! preguntaba, y segun la respuesta, obra de un simple recuerdo ó de un capricho:

—A la Fuerza! gritaba con voz ronca.

A la Fuerza, queria decir á la muerte. La condenada atravesaba un postigo en cuyo umbral, como en la Abadía, se creía hallar la libertad; pe-

ro allí estaban los asesinos acechando á su presa y al primer paso sucumbia la víctima á los golpes.

Apénas cincuenta años nos separan de aquellos escesos espantosos, de esos degüellos de franceses por franceses, y la imaginacion rehusa darles crédito.

Hoy la Salitreria copia à Bicêtre hasta en su título: al frente de su puerta se lee:

HOSPICIO DE LA VEJEZ.

MUGERES.

La Salitreria ha seguido uno à uno todos los pasos del hospital su vecino; está dividida de la misma manera que Bicètre y tiene por médicos á MM. Falret, Mitivié, Lélut, Baillarger y Trélat.

El establecimiento de Charenton es algunos años anterior á Bicêtre. En 1641, Sebastian Leblanc fundó en Charenton de San Mauricio una casa gobernada por los hermanos de la caridad y destinada á recibir enfermos, particularmente à los atacados de locura. Esta circunstancia dispensa à los padres de Italia de revindicar para ellos la iniciativa de esas creaciones bienhechoras. En 1793 fué reunida la casa à la direccion general de hospicios, pero su destino permaneció el mismo. El doctor de Coulmier introdujo allì los juegos de la música y del teatro. El marques de Sades murió allí en 1813, elogiando hasta su último suspiro à *Justino* y *Julieta* como imperecederos monumentos de la literatura francesa. La situacion ya pintoresca de Charenton, edificado en la pendiente de una verde colina que ve correr á sus piés al Marne, ha ganado singularmente de poco tiempo á esta parte, por las construcciones gigantescas debidas á la munificencia de los hospicios, y hacen recordar los esplendores de la arquitectura romana. Al ver esos órdenes de pisos, esos largos pórticos bajo cuyos arcos se mezclan durante el dia los rayos del sol con la verdura, y en la noche proyectan sus misteriosas sombras; al ver esos vastos patios que se estienden como la gradería inmensa de un coliseo, esos jardines embalsamados que dominan el paisage, á la manera que en otro tiempo los terraplenes floridos de Semíramis reinaban sobre Babilonia, se cree uno en presencia de un rico claustro de monges italianos. La capilla de esos locos es brillante en pinturas, esculturas y oro.

A mas de esos establecimientos dependientes de una administracion con rentas propias, pero que pertenecen al país que ellos honran, tienen Paris y su distrito algunas casas de salud en que se asiste á los dementes á precios mas ó ménos aristocráticos. La casa del doctor Belhomme, en la calle de Charone, es la de mayor crédito; siempre tiene, por término medio,

de ochenta á noventa pensionistas. Situada á buen viento, en las dependencias del antiguo hotel Chabannais y sobre una parte de los terrenos de la sucesion de Rieussec, el mismo que cayó en el boulevard del Templo víctima de Fieschi, esa casa sensiblemente mejorada y agrandada por el propietario actual, quien la adquirió de su padre, ofrece sobre todas las otras la particularidad del sistema celular aplicado á los dementes. La idea del sistema celular no debe espantar á nadie; los dementes que hacen vida comun de dia, son separados por la noche y quedan solos en sus cuartos. En los dias del terror, la casa de M. de Belhomme sirvió de refugio á la duquesa de Orleans, madre de nuestro rey. El departamento que habitó, tiene hoy por inquilinos á una condesa loca y á su bijo idiota. En las *Memorias* de su alteza serenísima Antonio Felipe de Orleans, duque de Montpensier, príncipe de la sangre, estàn consignadas diversas circunstancias relativas à ese episodio de la vida de la duquesa de Orleans. En Septiembre de 1793 la duquesa, arrestada en virtud de la ley de los sospechosos, fué conducida á Luxemburgo, y en Junio siguiente, habiendo subido al cadalso madama Isabel, se ordenó la traslacion de aquella de Luxemburgo á la Conserjerìa. Benoît, conserje de Luxemburgo, que sabia bien que la viuda no cambiaba de prision sino para subir á la guillotina, rehusó ponerla en manos de los agentes de la junta de salud pública, pretestando que estaba enferma. Esta negativa de Benoît salvó á la noble cautiva; los terroristas se vengaron, dàndole por compañera á una muger perdida. El 9 termidor puso en fin un término á estos sangrientos escesos y la proteccion que venia de un puesto alto, permitió à la duquesa de Orleans salir de Luxemburgo.—«Mi madre, dice el duque de Montpensier en sus *Memorias*, llevaba algunos meses de haber sido trasladada de Luxemburgo á una casa de salud de la calle de Charonne, en la que estaba casi bajo su palabra, disfrutando de aire libre y en lugar cómodo para cuidar de su salud quebrantada." Así es que, el establecimiento del doctor Belhomme, tan útil á los progresos de la ciencia, pertenece en adelante á la historia.

MM. Voisin y Falret han fundado una casa de ese género en Vanves, cerca de Vaugirard, en uno de los castillos pintorescos del otro siglo, rodeado de un parque inmenso. ¡Què de miserias han pasado bajo la sombra de aquellos árboles! Se cuentan ademas como casas particulares para asistencia de dementes, la de M. Leuret, en la calle de Santo Domingo; la de M. Mitivier, en la calle de Buffon; la de M. Pinel en Longueavoine; la de M. Pinel, sobrino, en la calle de Chaillot; y la del doctor Pressat en el arrabal de San Antonio. La casa de M. Blanche, en Montmartre, parece destinada por la tradicion à los dementes literatos y artistas; allí han

muerto Lassailly, Bert y Monrose. Rey-Dusseuil murió en Charenton. Segun los reglamentos, un sustituto del procurador del rey visita esos lugares cada quince dias, oye las quejas de los enfermos, las ecsamina y les pregunta con una severidad tan escrupulosa que en comparacion de ella la aventura que cuenta un capítulo del *Judio Errante* es casi una paradoja. Mucho tiempo ántes de las virtuosas alarmas de M. Eugenio Sue, velaba la justicia del rey por la seguridad de aquellos lugares.

Las casas de salud, siguiendo en esto el ejemplo de Bicêtre y de la Salitreria, han gozado siempre de la prerogativa de ser tambien prisiones. En 1815, por consejos de Esquirol, dejó M. Belhomme de recibir jóvenes en correccion; recientemente un tribunal fué à buscar á la casa de M. Pinel á una muger bonita de quien tenia queja el procurador del rey, y el establecimiento de M. Pressat tuvo en calidad de presos á Pichegru y á Mallet, cuando la conspiracion militar, en que fué completamente engañado M. Pasquier, entónces prefecto de policía y hoy canciller.

La demencia se manifiesta, así en los establecimientos particulares como en los hospicios, bajo las mismas variadas y espantosas formas:—los idiotas con sus palabras breves, sus monosílabos;—los monomaniáticos todos concentrados en sí mismos;—los agitados, los rematados y los incurables que no forman la menor parte de ese mundo, por decirlo así, fuera de esta vida.

Desde principios del siglo ha sido la enagenacion mental objeto de frecuentes y curiosas indagaciones y de opiniones divergentes. En 1825 la Facultad de medicina se inclinaba á la doctrina que iba à inspirar un buen libro á Broussais; la enagenacion, decia, era un estado inflamatorio y pasagero del cerebro. A esto contestaban los adversarios: Si sois impotentes para definir cómo se forma la inteligencia, ¿pretendeis ser mas hàbiles para esplicar cómo se perturba? A este tiempo entra en la lucha la frenología: se fundan silogismos en los museos de Gall y Spursheim: se invocan las colecciones de cráneos de un profesor de teología de la Sorbona, del sabio abate Frère, ex-capitan de artillería, que en la mañana de Austerlitz, llevando al emperador un notable plan de la batalla que se iha á dar, le pidió por recompensa el permiso de separarse del servicio para entrar al sacerdocio. El abate Frère ha reunido sus cràneos bajo el punto de vista de las razas sucesivas, y para hacer constar los progresos de la civilizacion á traves de las faces de la política y de la historia.

De ese choque de opiniones y de sistemas ha resultado no precisamente la luz, sino cierta unidad de teoría, que debe aprovechar á la medicina. El mayor número, siguiendo à la escuela filosófica actual, divide el alma en cuatro facultades principales: atencion, juicio, voluntad, memoria. Estas

son las ideas de Descartes, de la Romiguière y de M. Cousin. El cerebro, segun la escuela frenológica, es un compuesto de treinta y siete facultades primitivas, que tienen por atributos á la voluntad, la atencion y la memoria: ella considera el amor fisico casi como lo habian presentado por induccion Reid, Dugald-Steward y la escuela escocesa: por lo que mira al entendimiento humano, lo divide en inteligencia, subdividida en multitud de virtualidades particulares, sentidos de hechos, de colores, de música, de formas. Estas ideas, emitidas ya por Cabanis y aceptadas por la escuela frenológica, son reproducidas en la clasificacion del doctor Place, uno de nuestros primeros frenólogos. Esquirol, que negaba la relacion de lo físico y lo moral y que reunia todas las cabezas de sus locos con diverso objeto que el abate Frère, Esquirol es autor de un *Tratado de las enfermedades mentales.* Ese libro es una novela. El autor parte de las denominaciones generales de *maniáticos, monomaniáticos y dementes,* é imagina divisiones tomadas del caràcter particular de los individuos. Podrá decirse con esactitud que en Bicêtre, en Gand, en Aversa, en Francia y en Inglaterra, en los Estados-Unidos y en Alemania, presentan los signos de la locura, en su variedad misma, una uniformidad que destruye los sistemas de la ciencia. Entre las mugeres las monomanías son el amor maternal, el adorno, la vanidad, la coquetería; entre los hombres predominan la ambicion, la melancolía, la circunspeccion, el miedo, el zelo, el orgullo, la inclinacion al suicidio, que les es comun con el otro secso. Así es que en Bicêtre, lo mismo que en otros lugares, los dementes jòvenes ó célibes componen las mas tiernas novelas de amor, y generalmente están prendados de alguna reina ó emperatriz, miéntras que los locos casados ó viudos, sin escepcion, han sido engañados por sus mugeres.

Habeis visto, desde la reina Blanca hasta Luis Felipe I, las desemejantes faces de ese pedazo de tierra que fué un convento, un castillo fuerte, una corte de milagros, una casa de recreo, un hospital de inválidos, una prision y un hospicio; que ha visto pasar cartujos, dignatarios de la iglesia, príncipes de la sangre, soldados enfermos, asesinos y locos; que mezcla al recuerdo de las guerras sajonas los escesos de los Armagnacs; que en el transcurso de cinco siglos une el nombre del duque de Berri al de Theroigne de Mericourt; que tuvo sus inocentes y sus grandes culpables, sus degolladores y sus víctimas. Al recuerdo de tanto abatimiento y grandeza, de tanto lujo y miseria, puede decirse que en este mundo, en que cada cosa es vanidad, todas las locuras han tenido à Bicêtre por palacio ó por hospital.

G. Guenot-Lecointe.